

Heidegger establece por otra parte «diferencias ontológicas» frente a la filosofía tradicional, y la suya quiere ser siempre una «empresa ontológica», donde tiene una parte dominante la cuestión del lenguaje. Es curiosa la tensión que ejercita permanentemente sobre el espíritu de Heidegger el problema mágico de la palabra. De ahí su inclinación hacia las fuentes estéticas de la palabra y la poesía, el *Ars poetica* de Hölderlin y Georg Trakl. Una relación casi dramática se establece entre su doctrina filosófica y el sentido revelador y mágico que tienen para él las palabras. Una importancia fundamental asume el lenguaje en la relación establecida por el pensamiento entre el ser y la esencia del hombre. «El lenguaje es la casa del ser (*das Haus des Seins*). En este refugio vive el hombre. Los pensadores y los poetas son los guardianes. Su guardia es la consecución de la revelabilidad del ser». El pensamiento pertenece esencialmente al ser, es del ser, por cuanto es centinela del ser. El filósofo quiere restituir a la palabra su inestimable riqueza y al hombre un refugio para vivir en la verdad del ser. Restaurar al hombre en su esencia, según los términos de la *Sorge* heideggeriana, significa precisamente hacer al hombre humano. Heidegger formula su humanismo fundado en la *humanitas*, en la *paideia*, en el contraste entre *humanus* y *barbarus*. El filósofo combate el humanismo tradicional precisamente porque no hace resaltar la *humanitas* del hombre. Esta humanidad del hombre implica al hombre como pastor del ser, como protector de la verdad del ser.

La pregunta fundamental de Heidegger es siempre la pregunta por el ser. La finalidad ontológica es siempre el ser, pero no en su esencia, sino en la iluminación de la verdad. Hay un nexo dialéctico entre el ser y la esencia del hombre. El hombre y el ser se encuentran envueltos juntamente en el destino de la *Aletheia*. El hombre se inserta en el destino del ser con la ayuda de su existencia estática, es decir, en definitiva, de su existencia histórica. Hay una trágica tensión vital en la aportación de Heidegger a la dignificación del hombre y del ser. No faltan en esta tensión, como no faltan en el resto del así llamado nihilismo heideggeriano, implicaciones históricas, situaciones vitales y tampoco un sentimiento conmovedor profundo. Pero esto no impide que la pregunta que Heidegger formula en torno al ser y a la esencia del hombre se mantenga en una zona pura y aislada. En esta zona, el filósofo trata de negar a su ontología implicaciones éticas. Fin último: salvar la verdad del ser.

El mensaje de Heidegger es el mensaje de la suprema nobleza de nuestro tiempo. Para él, en medio de todas las degradaciones del siglo, el hombre continúa siendo animal racional. El ser vivo que reclama y rinde cuentas. Y el ser vivo que cuenta. Este es el tema permanente del pensamiento occidental, el que ha llevado, en cuanto pensamiento de la Europa moderna, a la era atómica. «Nosotros afirmamos», concluye Heidegger, «que el hombre es animal racional: pero esta definición ¿agota quizá la esencia del hombre? ¿la última palabra que se puede decir del ser es: ser quiere decir razón? ¿o la esencia del hombre, su pertenencia al ser, la esencia del ser, todo ello, no permanece todavía, y de un modo cada vez más desconcertante en lo que merece ser pensado? Si es así, ¿tenemos el derecho de pasar más allá de lo que merece ser pensado; tenemos el derecho de abandonarlo en favor de una búsqueda frenética, que no sabe qué contar, pero cuyos sucesos son grandiosos? ¿o hemos tenido que descubrir los caminos por los que el pensamiento pueda responder a lo que merece ser pensado? En vez de igno-

rarlos, envueltos, como estamos, por el pensamiento que cuenta. Esta es la cuestión del pensamiento que interesa a todo el mundo. De la respuesta que reciba dependerá el futuro de la Tierra y la existencia del hombre en esta Tierra».

Presencia en el drama del tiempo

Hay siempre un Heidegger último, para quien sigue la marcha vivificante de las ideas del gran filósofo de Friburgo. Su presencia en la aventura espiritual de su tiempo parece una presencia mínima, hecha de vagas sugerencias, de alusiones, de participación lejana. Por ser mínima, se trata de su presencia significativa, y en el campo de las significaciones puras entiende colocarla su propio autor. Para una época como la nuestra, ahogada en la confusión de los compromisos intelectuales, el hecho es de capital importancia. Al invitar a Martin Heidegger y aceptar el filósofo por única vez en su vida, a formar parte del Comité de Honor de la Sociedad Gentiliana de Estudios Humanísticos de Roma, el autor de las presente páginas recibía del filósofo las siguientes conmovedoras líneas fechadas en Friburgo el 10 de julio de 1970: «Querido presidente: Por desventura, debido a mi avanzada edad y por una grave enfermedad, me será imposible, durante algunas semanas, tomar parte de alguna forma en vuestros trabajos. Pero mis escritos, espero persigan los mismos fines para los cuales vosotros despleáis vuestros esfuerzos.»

Llegará quizá la hora en que la presencia de Heidegger en el drama de su tiempo sea apreciada en su dimensión más profunda. Muchos equívocos serán esclarecidos y la magnitud humana del pensador más grande de nuestra época será reconocida en todos sus aspectos. Conviene, mientras tanto, aclarar algunos rasgos de su configuración humana en la gran aventura del siglo. Conviene, sobre todo, referirnos ahora a uno de estos aspectos. Con ocasión del ochenta aniversario de Martin Heidegger, había vuelto a recobrar actualidad, entre otras, la disputada cuestión en torno al papel político del mayor filósofo del siglo, en los comienzos del nacionalsocialismo. La vieja disputa referente a la actitud del filósofo ante la tiranía, que encuentra su momento más ilustre en la colaboración del inmortal Platón y el tirano Dionisio de Siracusa y vuelve a plantearse en las relaciones Séneca-Nerón o Hegel-Napoleón, ha encendido una apasionante polémica en lo concerniente a los lazos entre Heidegger y Adolfo Hitler. Y la polémica, entre los epígonos de la filosofía, sigue aún.

El volumen consagrado por Ediciones l'Herne a los *Escritos políticos* de Heidegger contribuyó en su día de un modo exhaustivo a aclarar la situación en su más amplio contexto. El que Martin Heidegger haya vestido la camisa parda es calumnia del peor estilo. El autor de *Ser y tiempo* fue rector, elegido por unanimidad menos un voto, de la Universidad de Friburgo desde la primavera de 1933 hasta el invierno de 1934. Para desempeñar sus funciones, su inscripción en el partido era condición indispensable y automática. El filósofo, que jamás se había dedicado a la política, nutrió por un corto tiempo la esperanza de que en un momento angustioso y difícil como el que vivía entonces Alemania, la función de la Universidad podía ser decisiva. Algo parecido había ocurrido con Max Weber quince años antes. Vana ilusión, la de Heidegger. El rector de Friburgo se opone a la ingerencia de la política en la Universidad. Duran-

te su breve gobierno, la suya es la única Universidad alemana que no quema los libros de los judíos. Es el único rector que se opone a la decisión del partido de alejar de sus puestos a los decanos antinazis. Su *Discurso del Rectorado*, pronunciado el 27 de mayo de 1933, es el único texto político en la vasta obra de Martin Heidegger. Político en el sentido que a la palabra le hubiera podido dar Platón. La prueba de que no puede constituir un documento comprometedor, estriba en el hecho de que el gobierno de Hitler prohíbe categóricamente su difusión. Como rector y luego como catedrático en Friburgo, Heidegger es el único profesor alemán que no inicia sus clases con el obligado *Heil Hitler* y que se atreve a atacar el nacionalsocialismo. Sus clases están sometidas a control y vejaciones permanentes. Su seminario dedicado al famoso ensayo de Jünger, *El trabajador*, uno de los textos de ontología política más originales del siglo, en 1938, es suprimido. El final de la guerra encuentra al más célebre filósofo del siglo realizando trabajo obligatorio en una carretera del Rhin. El filósofo italiano Enrico Castelli nos dio testimonio personal de ello.

Este es el aspecto humano de la singular aventura. Tras él, la realidad esencial de sus ideas políticas, contenidas en aquel texto singular que es el *Discurso del Rectorado*, que figura en las obras completas del filósofo. Uno de los documentos más importantes, de mayor penetración, sobre la función de la Universidad moderna, es el discurso de la autoafirmación de la Universidad, de gran importancia para la coyuntura de hoy. Heidegger es filósofo de su tiempo, en el cual descubre la importancia del nihilismo, de la transición de la esencia de la metafísica a la esencia de la técnica, de la noble dinámica función de la Universidad. Su idea de la Universidad implica tres servicios: del trabajo, de las armas y del saber. Idea actual que denuncia la decadencia espiritual de Occidente, con una cultura en apariencia muerta, que deja que «sus energías se pierdan en el desorden y la demencia». También en este orden de preocupaciones, Heidegger vuelve a la querida, eterna presencia de los griegos. De la metafísica de Occidente. Los griegos le ayudan una vez más a vislumbrar los posibles caminos, los que serán años más tarde los «caminos en el bosque», los que «no llevan a ninguna parte». En ello descubre el sentido de la plenitud de las grandes rupturas. *Alle Grösse steht im Sturm*, afirma el filósofo al proclamar la «autoafirmación de la Universidad alemana». «El esplendor y la grandeza de la partida que es ruptura, nosotros lo comprendemos plenamente, si llevamos dentro de nosotros la sangre fría profunda y vasta que la antigua sabiduría griega ha expresado en estas palabras: *Cualquier grandeza está en el asalto*». Asalto y tormenta que son la misma cosa para este pensador que denuncia la agonía de la metafísica.

La decadencia de Occidente es la idea raíz en la preocupación de Heidegger por el destino de su tiempo. Durante años, el filósofo denuncia la muerte de la metafísica. El momento de este singular acontecimiento crítico, lo identifica él, durante años, con la filosofía de Nietzsche en torno a la «muerte de Dios». Pero en los análisis sin par que hace igualmente de la obra de Kant y de Hegel, ve en lo que sigue a la obra de plenitud de este último la muerte de la metafísica. En *Holzwege*, Heidegger publica dos trabajos fundamentales sobre Hegel: «Hegel y su concepto de la experiencia» y «Hegel y los griegos». Estos textos, junto con el estudio publicado en Suiza en ocasión de su ochenta aniversario, en torno al concepto del espacio, son acaso entre los traba-